



LA CIUDAD QUE NOS HABITA

Antología del Concurso
Literario Arcilla

Florencia Capitaine
Fausto Couzo Aspitia
(Coords.)

La ciudad que nos habita

*Antología del Concurso
Literario Arcilla*

Florencia Capitaine
Fausto Couzo Aspitia
(Coords.)

••
Área de

Publicaciones

ffyh

Facultad de Filosofía
y Humanidades UNC



Universidad
Nacional
de Córdoba

La ciudad que nos habita. Antología del Concurso Literario Arcilla / Camila Biasotti...[et al.]. - 1a ed. - Córdoba : Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1776-1

1. Literatura. 2. Jóvenes. I. Biasotti, Camila.

CDD A860.9283



Correctora: Candela Páez

Diagramación y diseño: María Bella

2023



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.

La ciudad que nos habita

*Antología del Concurso
Literario Arcilla*

Autoridades de la FFyH - UNC

DECANA

Lic. Flavia Andrea DEZZUTTO

VICEDECANO

Dr. Andrés Sebastián MUÑOZ

SECRETARÍA ACADÉMICA

Secretario: Esp. Gustavo Alberto GIMÉNEZ

Subsecretaria: Lic. María Luisa GONZÁLEZ

SECRETARÍA DE COORDINACIÓN

GENERAL

Secretario: Prof. Leandro Hernán

INCHAUSPE

SECRETARÍA DE ADMINISTRACIÓN

Secretaria: Cra. Graciela del Carmen

DURAND PAULI

Coordinador técnico-administrativo: Cr.

Oscar Ángel DONATI

SECRETARÍA DE EXTENSIÓN

Secretario: Dr. César Diego MARCHESINO

Subsecretaria: Prof. Flavia

ROMERO

SECRETARÍA DE POSGRADO

Secretaria: Dra. Miriam Raquel

ABATE DAGA

Subsecretaria: Dra. María Laura ORTIZ

SECRETARÍA DE INVESTIGACIÓN, CIENCIA Y TÉCNICA

Secretaria: Dra. Cecilia Angelina PACELLA

SECRETARÍA DE ASUNTOS

ESTUDIANTILES

Secretaria: Corr. Lit. Candelaria Inés

HERRERA

Subsecretaria: Lic. Rocío María MOLAR

PROSECRETARÍA DE RELACIONES

INTERNACIONALES E

INTERINSTITUCIONALES

Prosecretaria: Dra. Brenda Carolina RUSCA

OFICINA DE GRADUADOS

Coordinadora: Julieta ALMADA

PROGRAMA UNIVERSITARIO EN LA CÁRCEL (PUC)

Coordinadora: Dra. María Luisa

DOMÍNGUEZ

PROGRAMA DE DERECHOS HUMANOS

Directora: Victoria Anahí CHABRANDO

PROGRAMA GÉNERO, SEXUALIDADES Y EDUCACIÓN SEXUAL INTEGRAL

Coordinador: Lic. Carlos Javier LÓPEZ

ÁREA DE PUBLICACIONES

Coordinadora: Dra. Mariana TELLO WEISS

Índice

17 | Prólogo

Por Florencia Capitaine y Fausto Couzo Aspitia

21 | Acá a la vuelta

Por Por Camila Biasotti

25 | Mañuco y el algarrobo

Por Maximiliano Martín Aldecoa

29 | La rosada

Por Nazira Belén Günther

35 | Luz en la oscuridad

Por Por Agustina Gallego Vega

41 | Desde acá, culiao

Por Por Mateo Da Rosa

45 | Chin chin

Por Guadalupe Zaballos Dapuez

51 | Pájaro negro

Por Erik Rosenwald

55 | Los invisibles

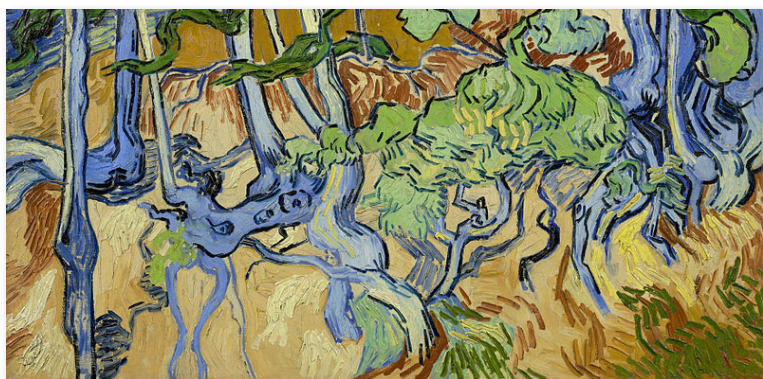
Por Sofía Aldana Pérez Ribaudó

59 | El vaivén del ayer y del mañana también

Por Sofía Belén Bono Prado

63 | El Faro de Alejandría

Por Por Santino Pepe



“Raíces de árbol” (finales de julio de 1890)
Autor: Vincent Van Gogh

Agradecimientos

Al Honorable Consejo Directivo de la
Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC
junto a su Decana Flavia Dezzutto,
Al Área de publicaciones de la Facultad de
Filosofía y Humanidades que hizo posible esta Antología.
A Candela Paez por encargarse
de la corrección de los textos.
A la Escuela de Letras de la
Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC.
A la Dirección de Industrias Culturales,
Creativas e Innovación de la
Municipalidad de Córdoba.
A la Sociedad Argentina de Escritores.
A la Cámara de Librerías, Papelerías y Afines del Cen-
tro de la República.
Y, por último, a nuestros compañeros
y compañeras por apoyarnos cálidamente.

*“Un escritor, o todo hombre,
debe pensar que cuanto le ocurre es un instrumento;
todas las cosas le han sido dadas para un fin,
y esto tiene que ser más fuerte en el caso del artista.
Todo lo que le pasa, incluso las humillaciones,
los bochornos, las desventuras,
todo eso le ha sido dado como arcilla,
como material para su arte (...)”*

-Jorge Luis Borges



Prólogo

Estimado/a lector/a: el libro que tenés entre tus manos es como un pedazo de arcilla que ha sido amasado y modelado por muchas manos. Dan cuenta de ello todos los nombres que verás en el índice, pero también en los agradecimientos y en la participación de todos los que colaboraron con este proyecto.

Este concurso nace del deseo de dos estudiantes de Letras Modernas de generar un espacio que convoque a los jóvenes escritores/as de la Ciudad de Córdoba. Creemos que nuestro itinerario como escritores/as debe ser permeado por las producciones literarias, no solo de los escritores/as canónicos ya publicados y reconocidos, sino también de quienes están escribiendo hoy y que forman parte de nuestra generación. En la lectura de ese otro generamos lazos identitarios, fomentamos el diálogo en la diferencia y nos situamos en el aquí y el ahora de nuestra historia.

Algo de esto creemos haber logrado a través del Concurso Literario Arcilla. Un concurso organizado por jóvenes escritores, para jóvenes escritores y en el que ellos mismos son quienes eligen los ganadores. Se constituyen entonces en participantes y jurados. Creemos que en esta doble tarea de escribir desde uno, pero también comprometerse a leer y valorar al otro reside la riqueza y la originalidad de esta iniciativa.

A lo largo de tres rondas de votación, los participantes fueron leyéndose y votándose entre sí de manera anónima (con el uso de pseudónimos). Desde la organización pudimos palpar su expectativa, sus inquietudes, sus temores y esperanzas. La incógnita sobre la identidad del otro, la incertidumbre del destino del propio texto y

el desafío de calificar al otro fueron ingredientes que contribuyeron a darle sabor a este encuentro.

La consigna de esta primera edición del Concurso estuvo atravesada por el 450° aniversario de la fundación de la Ciudad de Córdoba y por eso podrán encontrarse a lo largo de los textos con algunos escenarios, personajes y lenguajes familiares. La propuesta fue escribir un texto en prosa que aborde el espacio urbano cordobés. Así rendimos nuestro pequeño homenaje a esta Ciudad que habitamos y que nos habita.

Finalmente, estamos convencidos de que el camino hacia una convivencia democrática constructiva comienza con la escucha del otro. Esperamos que este proyecto pueda ver nuevas horas y horizontes y contribuya a este fin. Los y las invitamos entonces a sumergirse en estos relatos sin anticipar su contenido, para que ustedes mismos los descubran de una manera fresca y agradable.

Florencia Capitaine y Fausto Couzo Aspitia





Acá a la vuelta

Por Camila Biasotti

La situación es de mentira. Mis piernas, hechas de cartón, se doblan y estiran caminando hacia vos: también de cartón. El lugar es una plaza, pero la pantalla verde de a momentos falla y nos ubica en la nada. Hay pasto de papel crepé y cuando me siento se escucha romperse. Nos miramos, pero cuando me inclino a besar tu cachete, se quiebra mi torso y estoy en el suelo. Ahora estamos decepcionados, pero era de esperar. Empieza a sonar una música muy fuerte, como para distraer. Estamos inmóviles, no hay nada que podamos hacer. Y de repente, todo se transforma en humo: vos, yo, el papel crepé, la pantalla. La música sigue sonando, pero ahora embotellada. La decepción se sigue sintiendo, pero ahora como recuerdo. Un recuerdo que es un sueño, por supuesto, si la situación es de mentira y nosotros no existimos como para sentirla.

Imaginé la escena muchas veces, en muchas veredas, en muchas estaciones, en muchas ciudades. Algunas metrópolis son pura fantasía, eso seguro, pero mis recuerdos de mentira favoritos pasaron todos acá a la vuelta. Te invento todo el tiempo en mis calles, no siempre sale bien. Estoy atascada en una incertidumbre general, en ese momento del corazón roto en que uno llama a gritos al olvido y cuando se acerca entra en pánico y le cierra la puerta en la nariz. Ahí estoy, con el ojo apoyado en la mirilla esperando que pases por mi calle. Y lo más probable es que nunca te vea pasar, que tenga que finalmente abrir la puerta y salir para recordar que la entrada de mi casa no da a la calle y vos solo salís a caminar a mil kilómetros de acá. Eventualmente, tener que sentarme en la vereda y dejar de charlar conmigo para charlar con el olvido, y darme cuenta que no es tan malo, solo es realista y yo soy una soñadora.

Pienso quizás en septiembre, con la primavera acercándose en puntitas de pie: yo camino en mi vestido rosa a cuadros por el Parque Sarmiento, cruzando la calle para llegar al lago, y te veo. Y nunca te vi antes, pero te reconozco y mis pies se mueven solos hacia vos, como si hubiéramos acordado un punto de encuentro, como si me hubie-

ras avisado que venías a esta Córdoba, a este parque, a golpear la puerta de este corazón. Pero no golpeás la puerta, porque te quedás ahí parado, sin siquiera reconocermé, mirando tu teléfono mientras avanzo hacia vos. Y freno a mitad de la calle sin autos que me apuren a decidir: hacia adelante o hacia atrás. Me balanceo y me tiembla el pecho. Adelante o atrás, adelante o atrás, adelante hacia un pasado delirante o atrás hacia un futuro en blanco. Un paso adelante, un paso hacia atrás. Una bocina de auto que me saca del trance, te miro: ya no estás más.

Otras veces son tus piernas enredadas con las mías y un beso en el cuello, un beso en la

nariz, un beso en medio de la risa bajita, como si fuera un secreto ser felices. Tu ceño fruncido y voz exasperada contra la mía discutiendo de política, se elevan una encima de la otra hasta que ya no tiene sentido debatir si mejor más a la izquierda o más al centro. Calentás la pava para hacerte unos mates, me haces un café. Una mano entrelazada con la otra ajena que se suelta para correr por la peatonal y espantar palomas. Una tuya, la otra mía; como mía la sonrisa de tenerte a tres pasos largos en mi 9 de julio y la de ningún otro lado.

Es domingo, hay sol de siesta y no prendí ningún cigarrillo porque no te gusta el sabor a humo en mis labios. Me estiro de costado sobre el colchón para observarte golpear los dedos meticulosamente contra las cuerdas de tu guitarra, apretás los labios para concentrarte mientras asentís despacio, como siguiendo una onda. Mirás un punto fijo y a veces levantás las cejas, yo te miro a vos y a veces cierro los ojos, para escucharte. Una y media de la mañana y te reís a carcajadas con el vaso de whisky en la mano, yo me compré una cerveza y te pido que me cuentes de nuevo la historia de tu perra, porque cuando hablas de ella te brillan los ojos. Sobre un mantel en la Sobremonte uso tu muslo de almohada, me acariciás el pelo y te digo que me cuentes un cuento así que recitás de memoria ese fragmento de Borges que tanto te gusta.

Llegamos a mi lugar favorito de Córdoba, a la izquierda los edificios, a la derecha los árboles y casi en el medio, la rueda de la fortuna oxidada. La hizo Eiffel, ¿sabías? No me creés, pero querés sacar una foto igual y te apuro para que lleguemos antes de que se esconda el sol a mi otro lugar favorito. Está escondido en un barrio chiquito de

casas grandes y tiene un hechizo para que no entre el barullo de los autos que se acercan al shopping. Pensás que es un chiste, que soy poeta, que digo tonteras. Los ojos te ruedan hasta que llegamos a la calle de entrada y acá ya no podemos caminar rápido. Leés el cartel para saber dónde estamos y La Noria te da gracia: ¡Pero si venimos de ahí! Las luces de la vereda son anaranjadas, amarillentas, parece que todos los vecinos se pusieron de acuerdo para que entrar al barrio se sienta como ponerse en pausa. Todo el ruido de la Caseros se esconde muy atrás, los motores y bocinazos se disipan de a poquito hasta que no podés estar seguro de si caminamos una cuadra o diez. Lo encontré de casualidad una vez que volvía de noche, es una plazoletita con un palo borracho enorme en el centro y lo más lindo de todo son los faroles, ya vas a ver. No te enamorás tanto como yo, ni de la plaza ni de mí. Quiero que Córdoba te conquiste. Te escribo una carta, te escribo otra, te doy un poema en una servilleta antes de irnos de mi café favorito en Santa Rosa y General Paz. Bar de viejos que ven fútbol a un volumen ensordecedor o bailan con una prostituta a la madrugada, cuando ya va saliendo el sol. Volvemos caminando hasta mi casa, me acompañás hasta la puerta para darme un beso y te vas. Pero estás acá nomás, a la vuelta de la esquina, a un colectivo urbano de distancia, a un mensaje de vernos. Estás acá nomás. Nos miramos, estamos juntos.

Un otoño de abril, con las calles teñidas de marrón, naranja, marrón anaranjado y naranja manchado de marrón. Tus zapatillas hacen crujir las hojas secas de la vereda en una calle que bien podría ser tuya, bien podría ser mía. Mis zapatos vienen en sentido opuesto, chocando contra las baldosas de la vereda del frente. La calle está vacía, la ciudad está en silencio excepto por tus hojas rotas y el eco de mis talones contra el suelo. Me mirás vos esta vez, me reconocés y yo no sé qué hago ahí si no es para verte, pero no te veo. Sigo de largo y por miedo a equivocarte no gritás. Doblo en la esquina y desaparezco, con las manos escondidas entre mis brazos cruzados. Sacás tu celular del bolsillo del jean, escribís mi nombre en la barra de búsqueda de los contactos y apretás llamar. Pero yo cambié mi número, ese que tenía desde los ocho años, ese ya no existe. Entonces te responde una mujer robótica para decirte que estoy fuera de servicio, que estoy fuera de alcance, que doblé por la esquina y no

podés saber si era yo. Pasa un auto, pasan dos, un colectivo. La ciudad vuelve a hacer ruido, ya no hay nada que escuchar. Ya no estoy más.



Mañuco y el algarrobo

Por Maximiliano Martín Aldecoa

—Mi hijita se va a poner de contenta... seguro se alegra mucho cuando me vea. Y las nenas... qué grandes que deben estar las nenas. Y el Nico... el Nico me quiere mucho. Es bueno el compadre Nico... la quiere mucho a mi hijita. Y mi hijita... se va a poner de contenta mi hijita...

Mañuco hablaba para sus adentros. Recitaba la añoranza en un continuo, y su cabeza oscilaba breve, como marcando el ritmo de las ideas. Como pensando una canción. Una tímida sonrisa se asomaba de vez en cuando hacia su rostro. Por momentos, los párpados se le caían, pero Mañuco seguía, exiguo, preparándose para salir. Sentado en el borde del catre, se ató los zapatos durante no menos de quince minutos. Era cierto, las nenas debían estar mucho más grandes: hacía ya un año y medio que Mañuco no veía a sus nietas. Más bien, hacía ya un año y medio que Mañuco no veía a ninguno de sus hijos. Había pasado los últimos dieciocho meses cumplimentando a rajatabla un régimen de cuarentena familiar autoimpuesto. Todos los días repetía, de manera casi ritual, la misma sucesión de acciones. Se despertaba, como quien abre los ojos después de parpadear; desayunaba un profundo trago del vino tibio de ayer; se vestía con la misma ropa de todos los días; salía a jugar la quiniela en lo de su amigo Quique; deambulaba –andar contemplativo, manos juntas detrás de la cintura– hasta la tarde por la San Jerónimo, alimentándose de lo que le ofrecieran en los almacenes en los que paraba a comprar otra caja de vino; volvía a la pensión a terminar el último litro del día, y se dormía siempre en la misma posición: con las piernas derrumbadas por fuera de la cama, la camisa abierta hasta la altura del ombligo, y empuñando un tetrabrik ya arrugado en el pecho. En una esquina de su diminuta pensión de barrio San Vicente, las cajas de vino cuidadosamente estiradas, como si fueran sobres, se iban apilando en una torre por demás prolija. Al lado, una mesita habitada por una destartalada radio a pilas, sintonizada siempre en la LV2, que Mañuco utilizaba para esconder el estrepitoso silencio que lo rodeaba.

Mañuco se moría de la vergüenza. Luego de los primeros dos meses en la pensión, dejó de pagar el teléfono fijo. No soportaba recibir llamadas de sus hijos, preguntándole cómo estaba e invitándolo a comer el domingo. Ya no sabía qué responder, ya se le habían acabado las excusas. Y las llamadas, durante el resto del día, lo sumergían en una angustia indescriptible. A pesar de eso, en estos dieciséis meses, la culpa no lo había abandonado. Mañuco todavía, a veces, se quedaba con los ojos caídos sobre el teléfono, esperando que de él viniera, de una vez por todas, una palabra que le dijera qué hacer.

—La camisa buena me voy a poner hoy..., si..., mi hijita se va a poner contenta de

verme... ¡Vieras cómo se reía mi hijita!

Se prendió todos los botones de su camisa celeste. Frente al espejo, se arregló el pelo grueso y pajoso con gomina. Hoy, sin razón aparente, Mañuco se había despertado con la certeza de ir a visitar a su hija menor. Un año y medio había sido suficiente para él, ya bastantes gotas habían caído sobre la roca y el río mostraba una tímida vertiente nueva. Cerca de las once de la mañana agregó la última caja a la torrecita, se guardó la radio en el bolsillo, tomó la bolsita y se fue sin echar llave. Su paso tímido lo llevó hasta la puerta del departamentito de su hija, escondido en un pasaje del barrio San Martín. Su hija lo recibió en un abrazo que se fundió hasta las lágrimas. El Nico no estaba, pero Mañuco —sus hijos lo llamaban así— llegaba justo para el guiso. Sus nietas ya le llegaban a la cintura y les tomó un par de minutos entender que esa presencia era la de su abuelo. Mañuco entró, colgó la bolsita en el perchero y se sentó en la punta como lo hizo siempre. En la mesa, Martita parecía no creer que él estuviera ahí. Extrañada de su llegada, se encargó de repetir el catálogo de preguntas que solía hacerle por teléfono. El interrogatorio tuvo el mismo éxito que tenía un año y medio atrás, y entonces Martita abandonó la vigilancia. A pesar de las palabras breves que dejaba exprimir a sus labios, su hija estaba muy contenta. A pesar de los ofrecimientos insistentes, Mañuco tomó agua.

—Papi, ¿querés que vayamos a dormir la siesta? Te preparé la camita del living.

Mañuco se había dormido sentado. Agradeció la hospitalidad, pero dijo que quería irse a su casa. Tímido como llegó, se puso de

pie, tomó su bolsita y fue hacia la puerta. Su hija lo abrazó de vuelta, le dio un beso en el cachete y lo despidió.

En la calle, Mañuco tomó la avenida y bajó en dirección al centro. En el primer almacén, se detuvo a comprar una caja de vino. Sabía exactamente hacia dónde quería ir. En su andar de borrego cruzó interminables paisajes, se detuvo en incontables almacenes, hasta llegar a Bella Vista.

Bella Vista, para él, no era el barrio, sino la anterior casa de su hija mayor, que se ubicaba allí. Hacía años que Mañuco no se tropezaba por el pedo, sin importar lo alcoholizado que estuviese, pero esta vez llegó arrastrándose, con la mirada sobre los cordones desatados de sus zapatos. El algarrobo de esa casa, que había sido suya, era bueno. Tocó el timbre, a pesar de que sabía que ya nadie vivía ahí. Se asomó por la ventana, sacudió la reja, e intentó treparla. Mañuco ejecutaba un continuo de acciones, saltando de una hacia otra sin terminar de satisfacer ninguna. Mañuco se moría de la vergüenza, y a cada minuto que pasaba, su desesperación iba creciendo.

—Qué contenta que se puso mi hijita... ¡Vieras cómo lloraba!... vieras cómo lloraba. Y las nenas... qué grandes que están las nenas... ¡Vieras cómo me quieren!

—¿Necesita algo, Mañuco?

Un vecino, Jorge o José, nunca se acordaba. Un vecino lo había visto trepándose a las rejas de su antigua casa, y ahora lo tomaba de los hombros para ayudarlo a bajar. Mañuco se prendió con fuerza a la bolsita. Una vez en el suelo, le agradeció con la cabeza y empezó a caminar. Mañuco no sabía a dónde ir. Se dejó arrastrar por los desniveles de Bella Vista, en una caminata errática y, si cupiera, más lenta. Mañuco andaba desposeído de sí mismo por las breves cuadras de un barrio que lo escupía. Concentrado en apretar entre los dedos las asas de su bolsita, Mañuco sintió sus pies deslizarse por las veredas rotas. No sabía en qué momento la caja de vino se le había caído de las manos. Las casuchas apiladas, pintadas de colores irregulares, se le manifestaban en la conciencia como un gran laberinto. El mareo lo puso a dar vueltas sobre sí mismo y ya no supo distinguir si tenía los ojos abiertos o cerrados. Al ritmo de las baldosas desmigajadas, Mañuco llegó a un terreno baldío. No despegó la vista de sus zapatos hasta chocarse de frente con un algarrobo. Este árbol era bueno,

bueno de verdad. Se desprendió el último botón de la camisa, que lo estaba asfixiando. Mañuco sabía exactamente qué hacer. Frente a sí, tomó cada asa con una mano, y abrió, al fin, la bolsita. De sus adentros, Mañuco sacó una sogá. Una última vez, Mañuco pensó en Martita, y una sonrisa tímida le alumbró los ojos. Mañuco se moría de la vergüenza. ¡Vieras cómo lloraba mi hijita!



La rosada

Por Nazira Belén Günther

¡Oh excelso muro, oh torres coronadas
de honor, de majestad, de gallardía!
¡Oh gran río, gran rey de Andalucía,
de arenas nobles, ya que no doradas!
¡Oh fértil llano, oh sierras levantadas,
que privilegia el cielo y dora el día!

Luis de Góngora

La bombacha halló su escape del departamento ubicado en Gón-gora y Fragueiro a eso de las siete de la mañana. Salió por la ventana que daba a la avenida cuando ésta recién comenzaba su movimiento habitual de tránsito barrial. Gonzalo sacó su cabeza por el tercer piso con confusión, debido a la aparente angustia de su novia, Mariana, que si bien pensó fingida, resultó ser tan cierta como su (ahora lo admite) exagerado llanto cuando Instituto perdió un partido del campeonato local la tarde anterior. En ese mismo instante, la bombacha se encontraba colgada de un cable de teléfono a pocos metros de su rostro. “Seguro que la alcanzo con una escoba” pensó el cadete, con la ingenuidad de un joven enamorado ansioso por calmar las lágrimas de su amada.

Gonzalo no la vio huir, pero Mariana describió el siniestro con todo detalle. Su rutina había sido de lo más ordinaria. Se había levantado a las seis, como todos los lunes, de todas las semanas, de todos los meses desde que había comenzado su labor como maestra de primer grado en el IPEM. Había empujado sutilmente a Gonzalo para no despertarlo del sueño que lo mantenía roncando junto a ella; fue hasta el armario y seleccionó con cuidado la ropa que conformaba su uniforme: el jean azul desgastado, la chomba blanca básica y los zapatitos bajos de cuerina, para mayor comodidad.

—Lo único que hice diferente fue agarrar la bombacha rosada, Gonzalo. Y es tu culpa, así que vos la vas a tener que ir a buscar.

Mariana le recordó al hombre su último fracaso sin tapujos: el no poder colocar la goma del lavarropas que se había corrido la semana anterior. Por su “ilógico orgullo macho” (como lo describió su novia al negarse a llamar a un técnico), ella debió tomar una bombacha de las que guardaba para ocasiones especiales. Y, ahora, ésta había huido a la oscuridad de la madrugada cordobesa, que ya se teñía de ese naranja ocre que precede a un día caluroso.

—Cuando entré a la ducha, todavía estaba quieta, colgada del perchero —siguió Mariana—, pero cuando apagué el agua, me entró un frío horrible y ahí me di cuenta de que la ventana, que te juro la cerré con la perilla a la noche, ahora estaba abierta y la bombacha volaba. Iba hacia arriba, hacia la luna. Parecía uno de esos mosquitos de la costanera, que se van todos en fila para el alumbrado. Pero al toque se trabó en el cable, por suerte.

El oyente no estaba de acuerdo con la parte de “la suerte”. Para ese entonces, Gonzalo ya se hallaba colgado de la ventana, con todo su cuerpo inclinado hacia adelante y el palo de la madera del escombillón en la mano derecha, tratando de salvar la íntima prenda de su novia de la publicidad del barrio. Un par de transeúntes pasaron por debajo de él, pero nadie le prestó atención. Hace rato notaba que en la ciudad, tal vez por la contaminación de la luz que llevó a que se pierda la posibilidad de observar el cielo en su esplendor, la gente ya no miraba para arriba.

En un segundo, el cadete logró que el palo pase por uno de los agujeros de la pierna de la bombacha. Aguantó la respiración, levantó el palo para atraer a la fugitiva hacia él y, cuando creyó que él ganaría la partida y el amor de su damisela, el ambicioso apuro del novato que se creía victorioso, lo hizo tirar demasiado rápido. Sus ojos observaron cómo el triángulo rosado se resbalaba y caía sobre la antena del Ford Fiesta bordó de los Faya —los dueños de la dietética que estaba bajo su edificio—, que esperaba para doblar hacia la Fragueiro.

No hizo falta más que una mirada de Mariana para que Gonzalo supiera que debía ponerse unos pantalones y salir detrás de la desertora. Sin otro medio de transporte que la RedBus que ella le deslizó junto con sus manchadas zapatillas deportivas antes de que “se le ocurra salir en patas”, el hombre bajó a las apuradas las escaleras de su edificio. Ya en la calle, echó una mirada hacia las paredes

beige despintadas para saber si Mariana le mandaría, al menos, una sonrisa de apoyo. Pero solo notó que la persiana de plástico blanco había vuelto a encerrar a su damisela (y sus ropas) en la intimidad de su urbano castillo.

El auto culpable de la desaparición de la bombacha ya no se encontraba en la calle. Pero como buen animal de hábito y vecino chusma de la comunidad, Gonzalo sabía que los Faya estaban llevando a su hijo a la Inmaculada, donde el chico era un “excelentísimo, muy bueno, de todos dieces y nueves” alumno de quinto año. El cadete conocía bien esa zona, porque a veces le tocaba controlar por la peatonal, especialmente en la feria improvisada que se armaba cerca de la Facultad de Derecho. Por eso también sabía que el hijo de los Faya se vivía rateando del colegio para boludear en la plaza de la catedral. El cadete ya lo había visto tirándole piedras a las palomas desde los pies de la estatua de San Martín, pero jamás se lo diría a su madre. Ella siempre le regalaba frutos secos a Mariana, con lo caros que estaban.

En ello pensaba el valiente joven cuando escuchó el pitido negativo que se temía al subir al 30, el cual esperó en la parada por solo cinco minutos. Debió correr hasta Lope de Vega para llegar y, si bien la frecuencia estuvo de su lado, el aumento del boleto no, por lo que el hombre dependió de un buen samaritano que aceptó perdonarle el precio de medio alfajor para continuar con su búsqueda. Parado, con las axilas mojadas y la boca seca por el esfuerzo, Gonzalo comenzó a dudar de su estrategia quijotesca de fingir que estaba realizando una intensa persecución policial. En su lugar, se preguntaba si no era más que un pobre boludo.

El dejo de esperanza que genera en el cerebro argentino un asiento libre en el *bondí*, lo hizo sacudirse esos pensamientos cuando pudo sentarse luego de la parada que pasaba la plaza Rivadavia. En su infancia, esa plaza no representaba más que un lugar de encuentro para jugar a la bolita entre bancos destartallados y montañas desgranadas de tierra seca. Ahora, una serie de juegos infantiles de colores brillantes la convertían en un lugar que buscaba ser anfitrión de recuerdos familiares, aunque a Gonzalo le parecía anticlimático. Tal vez porque por las mañanas, él siempre notó que los colores de Córdoba eran sutiles, suaves, cordiales. Eran los tonos de las paredes

terrosas y de las luces amarillas que se escondían, tenues, detrás de las cortinas de tela de los gigantes de cemento y ladrillo que se intercalaban con las casitas viejas, esas que todavía mantenían la costumbre de los jardines delanteros. Eran los lilas y rosas de los lapachos en esos jardines. Era el cielo naranja que se despejaba de distracciones edilicias en las vías del tren. Era el silencio de la mirada citadina en el colectivo mientras los trabajadores se limpiaban las lagañas de los ojos y los estudiantes debían ir o hacer conexión en el centro.

Tal vez fue esa la sutileza la que ayudó a Gonzalo a notar la bombacha con tanta rapidez. Cualquier otro que no tuviera la entrenada vista del cadete urbano -aquella que le permite prever cuando un ladronzuelo está por meter mano en una cartera o cuando un vago está por sacar una botella de cerveza de la mochila-, no la hubiera notado. Fue cuando el colectivo dobló a la izquierda en General Bustos, que el Ford Fiesta se colocó justo a su lado. Lo más probable era que los Faya se hubieran detenido en alguna panadería, ya que podía observar al más joven de ellos masticando unas facturas con crema. Gracias a ello su presa estaba a la vista.

La bombacha, que ondeaba cual bandera de guerra a la altura de los ojos del caballero, casi orgullosa de su proeza de libertad, parecía burlarse del pobre hombre. Este colocó su mano en el vidrio sucio del bondi con la esperanza de atravesarlo, tomar el maldito pedazo de tela y retornar a la comodidad de su hogar para tomar unos mates antes de dirigirse a la estación.

Pero la imposibilidad de tal acto obligó a Gonzalo a pensar su siguiente movimiento con cuidado. Pronto, el colectivo y el auto doblarían por General Paz y luego de cruzar el puente Centenario, perdería al vehículo de vista. Por un momento pensó en volver a su hogar y rezar que el auto de sus vecinos regresara con la bombacha en la antena, pero nada le aseguraba que el estandarte rosado no se separaría de su asta.

Como si de un presagio se tratase, las luces del 30 se apagaron al mismo tiempo que su motor mientras esperaba, en la bajada antes del puente, a que el semáforo diera el verde. Los clamores y quejas de los dormidos pasajeros no se hicieron esperar, a la par que el conductor pedía “tranquilidad y calma, que viene un 32 atrás”. De mal humor por la perspectiva del hacinamiento en un móvil que vendría

ya lleno de más lagañas y ánimos de lunes, los pasajeros bajaron con lentitud por la escalera del fondo, a lo que Gonzalo se lamentaba por haberse ubicado en uno de los asientos del frente.

A diez metros de su fallido Rocinante, Gonzalo siguió con la mirada las ruedas del Ford Fiesta, que se alejaba sin ninguna clase de conocimiento de que, encima de él, llevaba el símbolo de la vergüenza de un lastimero caballero. Incluso sabiéndose derrotado, decidió desoír la voz de la razón que le dictaba su conciencia y bajó a trote limpio la calle de las casas sobre las colinas, que parecían observarlo desde arriba con sus escaleras empinadas y graffitis feministas, con la lástima de castillos que no son poseedores de problemas tan mundanos.

En menos de dos minutos, el cadete ya se encontraba en la vera del Suquía. A su izquierda, el nuevísimo Parque de las Heras iluminaba sus portones cerrados con una elegancia sublime. Sin embargo, lo primero que notó Gonzalo fueron las sombras de los árboles en la vereda, las cuales se proyectaban en movimiento continuo, como si de los brazos de monstruos míticos se tratara. El significado de esto no se le escapaba: fuertes vientos amenazaban la estabilidad de la bombacha que, en su paradójica y aparente inocencia, pareció escuchar sus sentimientos y echarse a volar a pocos metros, cuando otro semáforo en rojo detuvo al Ford Fiesta justo antes de que cruzara el puente.

Gonzalo siguió su recorrido con la mirada mientras recuperaba el aliento. La bombacha, tal como había descrito Mariana media hora antes, no seguía el trayecto normal de cualquier prenda de su peso, sino que volaba hacia arriba, atraída por la luz de una luna que casi desaparecía detrás de la estrella solar. En un recorrido irreverente, trepó como una pluma hasta el puente estilo Calatrava que se hallaba en plena construcción. Gonzalo la observó evitar vigas, tirantes y cajones de cemento hasta posarse sobre la punta de la estructura.

Solo entonces, viendo brillar a la rosada bandera fluorescente al calor de un lunes de septiembre, la cual rompía crudamente con la sutileza que tanto le agradaba a él de las mañanas cordobesas, Gonzalo se sintió derrotado. De todas formas, pensó que su mujer lo podía perdonar y que él podría esperar el 32 y aprender, como el resto de la gente, a no mirar hacia arriba.



Luz en la oscuridad

Por Agustina Gallego Vega

El metal frío del garrote abrazó la piel de mi cuello rojo, la sangre me hervía de bronca. Han tenido que arrastrarme hasta la silla maldita, a fuerza de gritos y patadas. Mis ojos empapados se rehusaban a dejar caer las lágrimas por el orgullo de no demostrar debilidad. Por el orgullo de caer luchando. Porque luchando avancé toda mi vida. No era digno de mí irme sin dar pelea. Mi nombre, completamente defenestrado, circulaba con desprecio en las bocas de mis peores enemigos. No quisieron escuchar mis motivos, no me dieron la oportunidad de vivir para ver mis deseos volverse realidad. Así que ahora, caía peleando. Atado a la madera dura del garrote vil, pero peleando.

Vi miradas compasivas en algunos de los espectadores de mi ejecución. Vi el odio en los ojos de otros. El tiempo se detuvo mientras me ajustaban el collarín de metal al cuello. Solo podía pensar en una cosa. Aunque estuviera a punto de morir sin haberme confesado, aunque no recordara la última vez que había visto el cielo, aunque supiera que nunca iba a ver crecer a mi amada ciudad de Córdoba, mi corazón daba sus últimos latidos susurrando el nombre de mi esposa.

Si quedaban dudas en mi joven alma de la existencia del Señor, ella las destruyó por completo cuando la conocí. Llegué a la conclusión de que solo Dios es capaz de haber creado algo tan bello; y como ella existía, entonces seguramente Dios también. Luisa fue la luz de mis ojos desde que fuimos unidos en santo matrimonio. Es cierto que dicho matrimonio se concertó en un primer momento para beneficio económico, político y social mío. Sin embargo, yo estoy firmemente convencido de que era el plan de Dios desde el principio. Antes, yo era un hombre demasiado enfocado en mi carrera, nunca le dediqué el tiempo a nada que no fuera seguir ascendiendo, explorando, conquistando. Dentro de mí ardía un fuego que no me permitía estar quieto. Sentía la ambición latir en mi pecho, sentía que a cada minuto que pasara me quedaba menos tiempo para hacer *algo*

de mi vida. Enamorarme nunca estuvo en mis planes y mi boda fue una jugada más en el partido de ajedrez en el que se había convertido mi vida. Inesperadamente, mi nueva esposa se volvió la reina de ese mismo partido. La dama. La pieza más importante.

Sus ojos verdes se insertaron como clavos en mi alma, su piel tersa y blanca me hipnotizaba, su voz magnética me perseguía hasta en sueños. Su risa aliviaba mis dolores e iluminaba las noches más oscuras. Siempre creí que el amor de una mujer me distraería de mis objetivos, apagaría mi ambición. Pero el amor de Luisa hacía que ardieran mis preocupaciones y que florecieran las mejores partes de mí. Por ella hubiera recorrido el mundo entero hasta no dejar un centímetro de suelo sin explorar. Le prometí que encontraría un lugar en el que pudiéramos vivir felices juntos, en el que pudiera explotar mi ambición y mis talentos y en el que ella pudiera ser libre y poderosa como merecía serlo. Le prometí una ciudad entera. Con ríos, iglesias, casas y escuelas. Le prometí una familia y una vida llena de amor. Ella me prometió seguirme a donde fuera.

Tuvimos cinco hijos que Luisa crió con dedicación. Mi confianza en ella era ciega. Yo viajaba mucho más de lo que me hubiera gustado, pero las cartas detallando mis aventuras para ella y los niños nunca faltaron. Cuando volvía, los llenaba de tiernos besos y abrazos, jugaba con ellos y exageraba las historias de mis viajes para hacerlos reír. A la noche, antes de dormir, Luisa me contaba todo lo que había sucedido en mi ausencia, las peripecias de nuestros hijos y su vida cotidiana. Mientras ella hablaba, con su cabeza recostada en mi pecho, yo le acariciaba el cabello castaño y pensaba en la paz que sentía al estar con ella. Siendo militar y explorador, mis hogares nunca fueron muy estables y mucho menos hogareños. Sin embargo, Luisa fue mi hogar por los veinte años que estuvimos casados y por eso estaré eternamente agradecido.

Todo esto pensaba mientras la muerte se ceñía sobre mí como las nubes de tormenta se ciñen sobre Córdoba durante el verano. Córdoba era el lugar en donde mi familia estaba destinada a crecer y ser feliz. Cuando llegué a Quisquizacate, “El encuentro de los ríos”, como lo llaman los nativos, la melódica corriente de las aguas y la fertilidad de las alegres tierras le hablaron a mi corazón, y entonces supe que ese sería el paraíso que le había prometido a mi mujer. La

ciudad para mi amada fue construida alrededor del río Suquía y cada vez se expandía más. Perfectamente ubicada, era el punto de confluencia que conectaba todas las rutas importantes. Apostar por ese lugar era apostar por el futuro del Nuevo Mundo. Y eso fue lo que ellos no supieron ver.

No me arrepiento de haber desobedecido las órdenes que me dieron. Córdoba, nombrada por supuesto en honor a la ciudad natal de Luisa, es sin duda el gran logro de mi carrera. Y mi familia con ella, el gran logro de mi vida. El tiempo seguía congelado mientras yo pensaba en mi amada esposa y en la ciudad que llevaba el nombre de su hogar. Sin embargo, mis reflexiones se tiñeron de oscuridad cuando caí en la cuenta de que mi reputación estaba arruinada por la desobediencia (que muchos consideraban traición), y que eso significaría la miseria para toda mi familia, ya que quedarían a cargo del mismo gobernador que me mandó a matar. El dolor del fracaso era incluso más fuerte que la creciente presión del garrote sobre mi cuello. No recordaba cuándo había comenzado a llorar, pero tenía el rostro húmedo por las lágrimas. La sangre latía en mis oídos y mi visión comenzaba a ennegrecerse. No había escapatoria. No había esperanza. La más profunda angustia inundaba mi alma.

—¿Algunas últimas palabras?

La vena de mi frente latía.

—¡Traidor! ¿Algunas últimas palabras?

La injusticia de ser llamado traidor después de tantos años de servicio me quemaba por dentro. El corazón se me iba a salir del pecho.

—Última oportunidad...

El tiempo volvió a detenerse. Luisa me miraba con amor, sentada en el patio de nuestra casa en Córdoba. Seguramente se la quitarían. No la dejarían vivir ahí. No dejarían que mis hijos hereden mis cosas. A pesar de mi evidente intranquilidad, mi esposa sonreía con calma, mientras se balanceaba en una silla mecedora.

—Ay, esposo mío, ¿cómo puede ser que estés tan desesperanzado? —me preguntó con tono de reproche— No te reconozco. Confía en mí. Después de todo, siempre te he sorprendido con mi carácter. Estos contratiempos que te inquietan no son rivales para mí.

Eso era cierto. La esperanza se encendió como una llama perdida en lo más profundo de mi ser. La personalidad de Luisa era algo extraordinario, que me había fascinado desde el primer día. Fuerte, de una voluntad inquebrantable y de valores firmes y correctos. Traté de explicarle.

—Mi Luisa, te amo tanto, pero no sé si esto es algo que tú puedas arreglar. Estoy en las puertas de la Muerte, y mi nombre va a permanecer manchado eternamente.

—Me ofendes, mi amor. Como si yo fuera a dejar que las cosas queden así. Somos un equipo. Yo estoy en tu equipo desde el día en que nos casaron.

Hubiera querido abrazarla, llenarla de besos, pero sabía que la ilusión de hablar con ella antes de morir podía desvanecerse en cualquier momento, así que solo la dejé decirme lo que me hubiera dicho de estar realmente allí.

—Tú me prometiste una familia, una vida, una ciudad, y eso fue lo que me diste. Y yo te prometí que te iba a seguir a donde fuera, y eso fue lo que hice. Estoy a tu lado y, aún más importante, estoy *de* tu lado. Y lo voy a seguir estando aun cuando te obliguen a partir, cuando te arranquen de esta Tierra y de mis brazos. Este virreinato no está listo para mi furia, y no hay poder de Dios que me vaya a frenar si se les ocurre cometer alguna injusticia más. No voy a dejar que tu nombre, ni el mío, sean recordados en la historia con las mentiras que salen de la boca de estos desgraciados. Eso puedes tenerlo por seguro. Ahora, lo que tienes que hacer, *mi amor*, es dejar de llorar como un niño y decir unas últimas palabras que no me avergüencen y me hagan más difícil la tarea de limpiar tu nombre.

Reí ante la última frase, porque las palabras de la Luisa que mi corazón moribundo y nostálgico había proyectado para mí parecían pertenecer a la Luisa de la vida real. La miré con amor y abrí la boca para despedirme, pero me interrumpió.

—Yo también te amo, y yo también te voy a extrañar, mi sol. Ahora, ve, que no puedes perder más tiempo.

Las lágrimas caían de mis ojos mientras la imagen de mi esposa se esfumaba y sentía la presión ascendente del tornillo en mi cuello. La furia y la esperanza se apoderaron de mí cuando llegó el momento de pronunciar mis últimas palabras.

—Cuando se den cuenta de que mi Córdoba es realmente el futuro de este virreinato —clavé mis ojos inyectados de ira y sangre en la cara altiva de los encargados de mi muerte—, quiero que recordéis al hombre que lo supo ver. Esto no es lo último que van a escuchar de mí, porque cuando Córdoba de la Nueva Andalucía sea tan brillante como sé que puede ser, el nombre que os va a atormentar es el de Jerónimo Luis de Cabrera y Toledo. Que Dios os castigue por su maldad, que el mismo Dios sepa darme una oportunidad y que el mismísimo Dios bendiga a Luisa Martel de los Ríos, la luz de mi oscuridad.

El sonido del cuello de Jerónimo Luis de Cabrera al quebrarse aturdió a toda la habitación, que se hallaba sumida en un silencio sepulcral. Los presentes no se atrevían a pronunciar palabra, mientras el eco de las últimas palabras del conquistador todavía flotaba entre ellos. Su cuerpo muerto, tan intimidante como en vida, les reprochaba la injusticia cometida y su nombre se repetía en el aire tenso. Poco sabía ese grupo de oficiales que sus propios nombres serían olvidados, y el del hombre que acababan de matar sería recordado en todos los rincones de la nueva ciudad.



Desde acá, culiao

Por Mateo Da Rosa

Gabriel:
Sentate.

Tengo miedo de que vuelvas y te encuentres con que Córdoba ahora es Buenos Aires.

Gabriel, éramos chicos cuando levantaron el faro y descubrimos que nuestra ciudad podía tener un puerto conjetural; que etéreamente orillábamos un mar tan ilusorio como innegable. Los faros de otras ciudades se orientan con la fórmula tierra-mar; el de la nuestra, giraba sobre sí mismo y apuntaba a todas partes.

Gabi, no quiero que te asustes, pero cuando vuelvas, lo más probable es que Córdoba sea Buenos Aires.

En las Heras pusieron una titánica estatua de Gardel. Un poco más adelante, una estructura de cemento en diagonal y sus cables de acero cuelgan sobre el curso del Suquía, como un balcón sobre ese río que cuando te fuiste ya se estaba secando y ahora es barro, barro que se está secando.

Gabi, tengo miedo de que cuando vuelvas, nos crucemos en la calle y no nos reconozcamos, porque yo voy a ser porteño, y vos, mexicano.

Cuando te fuiste, la Chacabuco devenía en un mundo de tinieblas al que se le podía decir la Maipú. Bajar por la Chacabuco significaba descender a Maipú. Primero: las estudiantes rubias, los ornamentos de la *belle époque*, los gimnasios-peceras; los viejos blanquísimos de conjunto Nike fluorescente, las luces blanquísimas y el verde forzado del bulevar. Después: la mugre interminable, los cafés baratos con cartelería de los 80's, los ebrios surgiendo de los márgenes, los tipos que arrastran a la novia del brazo y puteando; las puteadas, el escupitajo, las puteadas que se escupen y las escupidas puteando. La experiencia cordobesa se sintetizaba en Illia y Chacabuco. Ahí donde terminaba el bulevar, esa ciudad imposiblemente porteña, esa metrópoli gringa intelectualoide, se desvanecía; atravesábamos la cortina invisible y descubríamos Córdoba, la verdadera Córdoba, la

periférica, la de los 410 barrios, cada uno de los cuales tiene una seña que se puede hacer en un baile, excepto, claro, el Centro manco. La Maipú ya no existe. Chacabuco se extiende infinitamente, para que los cordobeses marquen bien la D al final, para que se sepa que aquí no hay ningún “bulevar”, sino su equivalente francés, el *boulevard*. Gabi, no quiero ser fatalista, pero ahora esa Chacabuco infinita tiene metrobús y pantallas para vaticinar en qué momento llega el bondi. Algo me da cierta esperanza y es que aún los colectivos cordobeses respetan sus propias y arcanas lógicas; en esto no nos pudieron aleccionar nuestros porteños, guardianes de la cultura y el buen gusto.

Pero en otras cosas, llevan la delantera. Ahora está mal visto escabiar en la calle o en una plaza. ¡En Córdoba! Donde la idiosincrasia del alcoholismo es *res pública*, donde el federalismo funcionó por primera vez solo para que los cordobeses pudiéramos dejar de llamar contravención al acto de mezclar vino con cualquier cosa en la calle y luego hacerlo pasar por nuestras gargantas, que también estaban en la calle. Ahora las gargantas se reúnen en círculos bien estipulados, en bares con conceptos; las gargantas se hacen reír mutuamente y después se van a sus casas y todo se pierde en ese vórtice de consumo privado, exclusivo, y si es más privado y más exclusivo mejor. Es muy raro Gabi, y no te quiero asustar ni ser paranoico, pero pasé por San Vicente y en la calle nadie me hizo un chiste, ni me dijo gringo, ni se animaron a gritarle *culiao* a los taxistas. Todos miraban al frente, estúpida e irreversiblemente al frente.

Gabi, cuando te fuiste a México, tenías la certeza de que existía un lugar llamado Córdoba, una ciudad en la que un obrero y un estudiante podían ser la misma cosa; donde el conservadurismo eclesiástico y la intelectualidad progresista eran el objeto inamovible contra la fuerza imparable, dinámica que fue su motor histórico. Eso ya es cosa del pasado. Córdoba se abstiene enérgicamente de parir Agustines Toscos y, por otro lado, tiene el útero hinchado de policías, de militares, o de sus simpatizantes.

Gabi, tengo miedo por vos, porque sospecho que esto es un fenómeno global. ¿Méjico se estará convirtiendo en Estados Unidos? ¿Vas a volver hablando en inglés, sobre marcas originales y armas y libertad?

Gabriel, cuando te fuiste el faro apuntaba a todas partes y se doblaba girando sobre sí mismo, y eso podía significar que Córdoba era su propio centro, que se autoiluminaba, que no buscaba ningún mar. Yo lo vigilo con mucha atención. Hace un par de días las luces se prendieron y apagaron de manera errática, refusilando por unos minutos. Fue una locura. En Plaza España, los autos se embotellaban como siempre, pero esta vez sin bocinas, ni puteadas, ni escupitajos. Todos pararon, congregándose para ver convulsionar al faro. Fue un espectáculo.

Hasta que se apagó. Y entonces empezó de nuevo la marcha de autos. De a poco. Sin bocinas. Sin puteadas.

Gabi, ahora el faro está en obras. Lo cubrieron con una media sombra. La verdad es que no se ve mucho. Pero lo vigilo, lo vigilo por los dos. Estoy atento, porque justo antes de que se apague, te juro, te lo juro hermano, que lo vi apuntar, muy directamente y por un ratito, al Río de la Plata.

Por favor no te desesperes. Desde acá voy a hacer todo lo posible. Desde acá, un abrazo. Ahora me palmeo fuerte el pecho.

Desde acá, culiao.



Chin chin

Por Guadalupe Zaballo Dapuez

Cerca de las doce del mediodía me encuentro con Pablo en la esquinilla de Achával Rodríguez y Belgrano. Lo sigo hasta llegar a un portón rojo medio oxidado. Espero que me explique por qué no estamos sentados en algún lugar donde me pueda pedir un platazo de ñoquis. Desde anoche estoy antojada de ñoquis con salsa mixta, tengo más ganas de comer los ñoquis que de hablar con Pablo, capaz no tengo ganas de hablar con Pablo directamente.

Es la segunda vez que nos vemos desde que decidimos cortar, la primera fue cuando me llevó al trabajo una camisa que me había dejado en su departamento. Esta vez no es un encuentro casual o un pedido rápido para solucionar uno de los miles de problemas que vienen cuando estoy trabajando hasta tarde en el kiosco. La segunda vez es para «aclarar las cosas», porque al parecer entendimos las cosas mal y ahora tenemos historias distintas en la cabeza. Lo peor es que yo le pedí que nos viéramos: un mensaje bastante largo en tono de súplica. Ahora no sé si quiero hablar con Pablo, aclarar las cosas parece enredar más todo. Capaz todo es peor, cuando la gente corta una relación siempre se entiende todo como el culo. Después se odian un rato, o vuelven a empezar todo de nuevo. ¿Por qué no puedo resignarme a eso? Por lo menos voy a sacarme el antojo de los ñoquis, si es que vamos a almorzar a algún lado.

La puerta se abre despacio, como si la persona del otro lado tuviera mucho sueño o ganas de generar suspenso.

—Te va a gustar este lugar, ya vas a ver —dice Pablo mientras se toma el atrevimiento de ponerme una mano en la espalda baja para hacerme cruzar el umbral.

Del otro lado del portón hay un patio con el suelo lleno de piedritas de colores. Mesas de todas las formas y tamaños están distribuidas por el espacio; al fondo, atrás de una fuente con forma de querubín recubierta de musgo, hay una casita de ladrillo visto con las ventanas abiertas de par en par. La chica que abrió la puerta nos

invita a tomar asiento ahí, cerca de otras dos parejas ubicadas en mesas completamente distintas.

Estamos frente a frente. Pablo no deja de hablar sobre las propiedades curativas del romero, pero la verdad es que no lo escucho a él, sino a una de las parejas que tenemos cerca. Discuten calmadamente, usan palabras hirientes y cada tanto cortan para comer la comida muy bien presentada que tienen en unos platos grandes de color negro. Ella debe de estar por cumplir treinta, lleva puesto un vestido verde oscuro con breteles finísimos y me da frío de solo verla porque en el patio corre un viento fresquito y debemos de estar cerca de los diecinueve grados. Su acompañante pasa de los treinta, es rubio y tiene la nariz como un actor cuyo nombre no puedo acordarme. Los cubiertos se ven diminutos en sus manos y sonríe cada vez que ella le dice un cumplido camuflado entre palabras crueles.

Pablo ya no habla, me mira fijo, seguro sabe que estoy divagando.

—¿Cuándo dejaste de escucharme?

—Algo sobre aceite de romero.

—Bueno, te pedí unos ñoquis.

—¿Cómo sabías?

—Me lo dijo un pajarito.

La moza se acerca con una bandeja enorme. Nos deja los platos y después vuelve con dos copas, una en cada mano, rellenas de un líquido dorado. Cuando le pregunto qué es eso, solamente me sonríe mientras se aleja rumbo a la casita, así que le repito la pregunta a Pablo.

—Es por lo que te traje acá, pero no te voy a contar de qué se trata hasta que lo tomemos. Mientras, te puedo decir que este lugar es super solicitado por sus brebajes, tuve que reservar esta mesa con muchísima anticipación.

—Pero yo te hablé para que nos juntemos hace muy poco.

—Sí, lo reservé antes. Antes de todo. Fue pura suerte que me hablaras antes de que cancelara la reserva.

Rarísimo. Con Pablo nunca se trataba de suerte, todo eran hechos calculados, cronometrados con el reloj pulsera. Comencé a pensar que toda esta reunión para aclarar las cosas no había sido realmente idea mía. Me pregunta si son buenos los ñoquis.

—Sí, se nota que son caseros —Si le dijera que son los mejores ñoquis que probé en mi vida, seguro se pasaría el resto del almuerzo hablando sobre lo bien que toma decisiones y la verdad es que no quiero escucharlo. Estiro la mano y agarro la copa con el contenido brillante—. Bueno, voy a probar esto.

—Esperame, tenemos que probarlo juntos.

Nos llevamos la copa a los labios al mismo tiempo y le damos el primer trago. El líquido burbujeante me hace cosquillas en la lengua, tiene gusto a caramelo, pero también a vino tinto. Con un segundo trago vaciamos las copas y los sabores se quedan dando vueltas por mi boca. Me siento un poco mareada, como cuando era chiquita y mi abuela tenía que curarme el empacho. Se me escapa un “increíble”.

—¿Viste? Yo sabía que te iba a gustar. Lo recomendó mi tío, dicen que es distinto en cada persona. El mío tiene gusto a romero, seguro usan las mismas plantas del jardín.

—Pablo, la verdad que no quiero escucharte hablar.

Él se queda callado, yo lo miro con los ojos bien abiertos. Solamente lo pensé y mi boca se abrió, no quería decirlo. Las palabras salieron sin pedirme permiso y ahora iba a tener que disculparme por mi comportamiento de chiquita caprichosa. Pablo comienza a reírse.

—Parece que el efecto es inmediato —dice y me explica—: Lo que tomamos, no sé qué es lo que le ponen, pero te hace decir la verdad. O lo que pensás. No sé si la verdad. ¿De verdad no querés escucharme hablar?

Trato de morderme la lengua, de no pensar.

—Lo que faltaba. El pelotudo de mi exnovio, que encima me lee la mente y me hace organizar una reunión que al parecer él ya tenía planeada, arregla con los dueños de un bar clandestino y me droga ¿para qué? Esto es tan típico de vos, Pablo.

—Me parece que la que quería aclarar las cosas acá eras vos.

—Ay, Pablo, no te hagás el tonto. —Ya no puedo parar, empecé a hablar y ya no puedo parar. Pincho un ñoqui con el tenedor y me lo llevo a la boca, sigo soltando pavadas mientras mastico—. Sabés bien de qué te estoy hablando. Siempre sabés de qué estoy hablando, incluso cuando no estoy hablando. Harta estoy. Y estos ñoquis están

riquísimos. Los mejores ñoquis que comí en mi vida, la puta madre que me parió. ¿Ahora cómo me callo?

Tomo agua, porque me duele la lengua ahí donde me mordí y porque quiero que se pase este sincericidio que me está atacando. La pareja se está levantando para irse. Salen de la mano, mirándose a los ojos como si acabaran de enamorarse. El estómago se me revuelve.

—Tranquilizate nena, se te va a pasar en media hora. Mientras podemos hablar, aclarar las cosas. Pedir un postre.

—No quiero postre, quiero que me digas cómo haces para saber todo lo que pienso. Porque en realidad sí quiero postre, algo con chocolate, pero no quiero darte el gusto. Nunca.

—No es tan difícil saber qué querés, sos bastante básica.

—Vos sos un pelotudo.

—Nos conocemos muy bien. Un año de relación y ya sorteamos todas las fichas. Tenemos el cartón lleno, Jazmín, ¿qué más podemos pedir? Ah, postre. Siempre querés más, capaz tan básica no sos.

Nunca lo escuché hablarme así, sé que lo de básica era un chiste que tenía con sus amigos: nosotros tan intelectuales y nuestras minas todas tan básicas. La moza se acerca sin que la hayamos llamado, nos pregunta si queremos algo más.

—Sí —le digo mirándola con odio—; recuperar un año de mi vida y dos porciones de torta de chocolate.

Pablo empieza a reírse. Cuando se ríe se le marcan los hoyuelos y parece que tuviera cinco años menos. La primera vez que lo vi así fue después de un recital, sentados en una vereda del abasto mientras nos hacíamos preguntas triviales.

—No podés ser más lindo cuando te reís.

Deja de reírse, me mira extrañado, se estira por sobre la mesa sin tirar nada y me corre los dos dedos que tengo de flequillo para medirme la fiebre. Me pregunta si estoy bien. Le saco la lengua, que todavía me sangra un poco porque intenté morderla de nuevo.

—Te odio. No, no te odio. Pero odio que con sólo reírte hagas que se me vaya el mal humor. Llegan las dos porciones de torta, como si la moza quisiera alivianar el ambiente de a poquito. También nos trae otra botella de agua, antes de irse me guiña el ojo.

Después, mi exnovio se da vuelta y le hace un gesto a la moza. Típico, nunca me deja pedir la cuenta. No tengo idea de cuánto le salió a Pablo este almuerzo, pero debe de ser carísimo.

—Bueno, ¿nos vamos?

Es una afirmación camuflada en una pregunta, es más una orden que todo lo anterior. Camino hasta el portón rojo sin intención de cruzar mirada con Pablo, tengo miedo de verlo como la mujer del vestido verde miraba a su acompañante.

Estamos de nuevo en donde nos encontramos. Pablo me agarra del mentón para darme un beso y yo lo dejo. Nos miramos a los ojos, embobados. El mareo que tenía, muy parecido a un empacho, empieza a irse.

Caminamos juntos por la cañada, él habla sobre los árboles. Deben ser cerca de las tres de la tarde, el tiempo en el centro empieza a pasar más lento a la siesta. Yo miro a Pablo a los ojos y me doy cuenta de que no quiero que deje de hablar, nunca.



Pájaro negro

Por Erik Rosenwald

Las paredes del desagüe están heladas, es septiembre y en los entresijos de la ciudad respiro un aire frío y seco, como el de un sótano viejo. Estamos todos apelotonados, juntos los unos y los otros, deseosos de salir a la superficie. En mis entrañas se agolpan el hambre y el miedo, pero el primero vence al segundo, como siempre. Mis hermanos gimen y chillan, por lo que no lo pienso más, aprieto los colmillos y comienzo a abrirme paso hacia arriba. Con ayuda de mis zarpas logro trepar el hormigón y el acero. Mis hermanos, ansiosos, siguen mis pasos.

Fuera, el tiempo parece en suspensión. No veo a ningún gigante y eso me tranquiliza. Arriba, las estrellas brillan como migas en el pavimento. Todos mis sentidos se avivan a la vez. Escucho la cacofonía propia de la ciudad en vela: las vibraciones lejanas de las máquinas, luces titilando, grillos y el ladrido de los lobos, lo cual no me perturba, pues estos son muy torpes y ruidosos; no son mis enemigos. Llegan a mi nariz los olores de la superficie: humo, cloacas, polvo, caucho. La vereda sigue fresca: huele a sol y gigante. Mis hermanos me exigen que tome un rumbo y eso hago. Rápidamente salgo al trotte y comienzo a encabezar la ruta habitual. Y en ese preciso instante me siento vivo, me siento una bestia. Mi corazón empieza a acelerarse y siento cómo mi sangre espesa llega a la punta de mi cola, a mis garras, mi hocico. El silbido del viento hace crispas mi manto oscuro. Corro sobre el cordón rojo de la vereda, extasiado, en busca de un aroma que revuelva mis tripas. Confío en que mis hermanos siguen detrás de mí y acelero la marcha.

Soy imperceptible. Lleno mis pulmones de noche y me convierto en ella. Soy una sombra entre sombras.

Me llega el aroma de la carne fresca y detengo la marcha en seco. Me paro en dos patas y cierro los ojos agudizando mi olfato. Quizás se trate de una paloma: en la ciudad éstas abundan. Luego de pocos segundos cambios el rumbo haciendo caso a mi olfato; a pesar de mi avanzada edad, tengo plena confianza en él. Saltamos de una calle

a la otra como los gigantes lo hacen durante el día, y es que, ahora, Córdoba es nuestra. Mía.

Mi olfato no me traicionó: mis viejos ojos logran otear, a un par de cuadras, una paloma estrellada contra el suelo, con el pico abierto, tintada de sangre y con las plumas afiladas apuntando a la luna.

Se estrelló contra un edificio esquinado, que en su base es más bien colonial pero que hacia arriba es todo vidrio.

Las palomas son muy tontas.

Se trata de una grande, no existe botín más delicioso. Me acerco rápido a ella sin esperar a mis hermanos; sin embargo, cuando me encontraba a pocos metros de mi trofeo, una máquina irrumpe en la avenida y la baña de luces. Me detengo, y así lo hacen mis hermanos. Se trata de una de esas máquinas rectangulares y naranjas. En su frente leo: 19. Dentro, veo unos pocos gigantes. Algunos se encuentran atareados con sus luces portátiles, otros fruncen el entrecejo y nos miran con asco, pero, a través de esa jaula de vidrio, son incapaces de hacer algo: la calle ya no les pertenece.

La máquina dobla hacia la izquierda y se lleva sus luces consigo; la calle vuelve a cubrirse con el manto de la noche y yo vuelvo a ser una bestia. Me dirijo de nuevo hacia la paloma y, esta vez sin interrupciones, le clavo mis fauces en la garganta. Mis dientes logran atravesar las plumas y encuentro el sabor metálico de la sangre, todavía tibia. Mis hermanos me imitan y todos gozamos juntos. Soy feliz.

Tardamos gran parte de la noche en devorar toda la carne que la paloma tenía para ofrecer. Lamentablemente, el olor atrajo a los pumas: siento el eco de sus maullidos, todavía lejanos. Llegan tarde por lo que, aunque algunos se quedarán partiendo los huesos y sorbiendo los restos de sangre de la vereda, la mayoría irá tras nuestro rastro. No quiero eso: ellos sí son mis enemigos. Desando mis pasos con el estómago lleno de carne, pero mis hermanos no me siguen, prefieren roer las sobras y seguir con el festín. Impotente, insisto en su llamada, pero no hay caso: son igual de tontos que las palomas. Los pumas no tardan en llegar, unos grandes y fornidos, otros enfermizos y desgarrados, lo cual no tiene importancia: las garras de ambos son igual de efectivas.

Y sin cavilar un segundo, tan pronto como ven a los míos, los pumas comienzan a sacudirlos y a devorarlos con la violencia que solo

ellos conocen. Los atrapan bajo sus garras y ahogan sus chillidos con sus dientes. Y yo miro aquella cruel y sanguinolenta escena desde la vereda de enfrente, sin poder quitarle los ojos de encima, acongojado: tontos o no, son mis hermanos.

Y los lobos, alarmados por los chillidos de mi jauría, llegan a la cuadra. Estos doblan en tamaño a los pumas, pero no son tan feroces y agudos como ellos; sin embargo, esto los pumas no lo saben, de lo contrario, no les tendrían tanto miedo.

Pumas y lobos se sostienen la mirada, mantienen posiciones; Unos ladran, otros rugen. Esto hace que los pocos hermanos que seguían con vida logren escaparse.

Pero están malheridos y, después de pocos pasos, caen rendidos en la vereda, pintando rosas sobre el plano gris.

No consigo quitarle los ojos de encima a los cuerpos ya vacíos de aquellos que otrora seguían mis pasos.

El sol comienza a arrancar destellos magentas del asfalto, los pumas escapan como de costumbre y los lobos se hacen del dominio de los restos de aquella paloma grande y tonta. Pero unos pocos huesos no satisfacen a una manada de lobos, por lo que los más hambrientos y fuertes salen tras el rastro de los pumas; los otros, engullen a mis hermanos. Muertos.

Un lobo joven y famélico, con los colmillos igual de afilados que todos, me clava la mirada e, instintivamente, sale tras mi búsqueda. Pero en cuanto llega a la vereda de enfrente yo ya no estoy ahí, pues con jauría o sin jauría sigo siendo una sombra, mas no una bestia, pues la calle ya no es mía.

Y entonces, ya no existo.



Los invisibles

Por Sofia Aldana Perez Ribaudó

Me senté en un banco sucio a esperar que lleguen los dueños del bar sucio en donde trabajo.

Prendo un cigarrillo, barato, porque no me alcanza para uno más caro, mis pulmones se llenan de humo y luego lo despido con dejos de libertad.

Miro la ciudad, también está harapienta, tiro la ceniza con el pulgar (nunca supe hacerlo con el dedo índice como esas viejas chetas que fuman Virginia), estoy colaborando con la suciedad de las calles.

La ciudad parece brillar con sus vidrieras relucientes. Las personas salen con sus máscaras, una sonrisa radiante y los pómulos sonrojados son la marca de la aparente felicidad. Es un sábado soleado, buscan divertirse, reírse, buscan placer en la putita de turno o en los amigos que solo usan para aparentar la carencia de algo más allá de sus vidas marchitas.

Sus máscaras procuran esconder la necesidad de nuevas sensaciones, aromas, colores. Si mirás con atención, se puede ver con claridad su deseo casi palpable de aceptación, pertenecer a un lugar en el mundo.

Escucho música, pero me distraigo con la escritura en un cuaderno casi amarillento lleno de garabatos y luego poso mis ojos en un chico, debe tener treinta años; pienso que es lindo y que también busco placeres efímeros.

Pienso en que me lo quiero garchar, pero escondo la libido apretando el cigarrillo en el banco abandonado por el tiempo. Imagino, relamiéndome los labios, que la colilla es el chico y le estoy poniendo la mano en el cuello y dejo que me muerda y me dejo para sentir algo más allá.

Vuelvo a mirar a mi alrededor: la fuente, el bar más lindo que en el que trabajo, los autos que se apresuran: ¿a dónde van?, ¿puedo marcharme yo también? No puedo realmente. Me dispongo a caminar rumbo hacia mi trabajo.

Estoy en la podredumbre, buscando algo más allá.

Sin embargo, el único “más allá” que puedo encontrar, es a dos cuadras de donde estoy: un bar en la esquina del luminoso y a la vez oscuro barrio de Güemes. Me dispongo a comenzar mi turno como moza y barwoman -las dos cosas a la vez porque el salario es mejor-. Comienzo limpiando la barra y distribuyendo metódicamente los licores que necesito para mis brebajes. A pesar de que en su mayoría beben cerveza, tengo la esperanza de que algún turista, animado por el jolgorio de la ciudad, solicite un trago de la casa, algo más elegante y dulce. Puedo ver a mis compañeros de trabajo limpiar las mesas, las sillas, colocar servilleteros e intentar que la ciudad no devore un pequeño bar en crecimiento.

Comienzan a llegar “ellos”, los personajes más pintorescos, tristes y marginales de la ciudad.

Mientras acomodo los vasos en su sitio unas manos temblorosas se acercan a la barra, sonrío y el viejo me devuelve la sonrisa.

Los ojos hundidos, inyectados de amarillo y de un deseo voraz. Tiene sed. La garganta le arde profundamente. El estómago suplica piedad: un plato de comida y agua. El deseo se vuelve carne cuando los billetes rotos y descoloridos no alcanzan. Una plegaria es suficiente para contener un incendio que se lleva todo a su paso.

Las manos corroídas por el tiempo y amarillas por el cigarro, desesperadas buscan en los pantalones andrajosos un puñado de billetes, rogando a un Dionisio terrenal que su veneno y elixir de preferencia no haya aumentado de precio.

Algunos prefieren güisqui, a otros les da exactamente igual; no importa la procedencia, el precio barato, el sabor a alcohol etílico, la botella sucia. Solo necesitan desaparecer unas horas. Un momento de felicidad inducida, una carcajada real, una sonrisa que llegue a los ojos. Necesitan vivir.

Sus ojos devoran las heladeras y góndolas, saboreando lo que a veces no puede obtener. La plata suele no alcanzar para satisfacer el vicio, entonces comienza la súplica por una lata de cerveza: “mañana vengo y te pago... por favor” dicen entre una tos ronca y maloliente, la mirada llena de ansiedad y enojo.

Viven en un continuo estado de ebriedad y satisfacción cuando están despiertos o medio lúcidos. Me pregunto si tienen hambre. Frío. Culpa. Cansancio. Recorro sus ojeras y llega a mí la certeza de

que sienten eso y mucho más. Una pena que cargan en su espalda y la vergüenza que los persigue como una sombra. Sin embargo, no importa, solo quieren la lata... solo quieren una lata de mierda. El viejito en su aparente inocencia, con una pinta de cerveza en la mano, está sentado solo en la mesa cuando comienza a llegar “ella”. No sé su nombre, su edad o su precio.

Solo logro detectar las miradas de los demás clientes, la observan de arriba abajo, desde su cabello rojizo hasta sus botas en tono ciruela. Ella me mira y me sonríe, como si fuéramos amigas, como si tuviésemos un vínculo que trasciende más allá de la ciudad que compartimos por razones que aún no entiendo.

El viejo y la joven se saludan, se cuentan sus cosas mientras ella me pide siempre lo mismo: gin tonic. Veo en su cartera de color negro con detalles brillantes como pequeñas estrellas, un fajo de billetes y pienso que son las ganancias de la noche anterior. Veo su cara y procuro que no haya moretones; siempre me dice bella y me agradece. Ella para mí es un misterio, nunca me atreví a preguntarle cómo y cuando llegó a donde está, a veces pienso en que ojalá la traten bien, en que cuide su cuerpo y su mente. ¿Habrá sido la ciudad la culpable?

En la mesa de al lado se sienta el dúo de naranjitas: carismáticos, charlatanes y pícaros. Esos pibes que cuidan los autos de la gente “de bien”. Son dos chicos que deben tener veinti tantos años, conocen Córdoba como conocen su ombligo: cada rincón, cada plaza, cada calle donde saben que van a recaudar más dinero. Juntan lo que pueden y a las 3 de la mañana, se retiran de la calle y aunque se encuentren en la otra punta de la ciudad, siempre vuelven al bar.

Me sonríen y me dicen algún piropo, les agradezco y les llevo a su mesa la cerveza más barata como me piden siempre. Son los individuos más golpeados por la ciudad: caminando en sus noches heladas de pasajes oscuros o sus días tan calurosos como el mismísimo infierno. La lluvia a veces golpea sus caras al volver a sus casitas, pienso en que ojalá alguien los espere con una cena caliente y una cama cómoda para descansar sus jóvenes cuerpos, igualmente rotos por el tiempo.

Algo en mi interior oscuro me hace creer que seguramente desde los siete u ocho años de edad acompañaban a sus padres a trabajar y

probablemente desde los doce ya andaban en la calle trabajando. En sus veinte años tienen acumulados los doscientos años de la ciudad.

Son los de abajo. Refugiados en los brazos de edificios modernos y canteros llenos de flores coloridas, encarcelados en bares sucios y pequeñas pensiones. Es como si llevaran la letra escarlata en la piel en carne viva y la herida siempre está abierta, las personas no los ven. Son los invisibles en una ciudad donde todos posan sus ojos únicamente en las vidrieras y en los bares elegantes. Puedo verlos porque también estoy cayendo.



El vaivén del ayer y del mañana también

Por Sofía Belén Bono Prado

Otra vez es viernes.

El sabor amargo del café apenas se disimula con la leche. Pero lo tomo igual, lo único que necesito ahora es despertarme un poco. Normalmente prefiero desayunar con mate, pero otra vez voy tarde.

¿Cuándo empecé a depender tanto de ese tic-tac que nunca descansa? ¿Cuándo podré apagar para siempre esta sensación de adrenalina que me maneja en ciclos de sesenta?

Corro y el viento me enfría los cachetes. El único ejercicio que logro hacer es la carrera diaria para llegar hasta la jaula de Faraday que me pasea todos los días. Apenas me entra aire a los pulmones. La gente me mira. Me imagino lo que deben pensar cuando me ven: ¿tan poco estado tenés que quedas así después de correr tres cuadas? No importa, igual logro llegar a tiempo. A tiempo justo para subir al último. Otra vez está lleno. La puerta que se cierra me comprime hacia adentro. Vidrios empañados, murmullos, niños llorando, empujones, ese olor agrio, gente que se queda sin poder subir, chirridos de goma, toses, estornudos.

Mis ojos se cruzan con los de alguien a través del vidrio. También va de pie, pero su colectivo es naranja. Apenas logra agarrarse de un barandal entre medio de figuras difusas: un lío de camperas y abrigos negros y grises. Nos miramos durante el tiempo que dura el color rojo y después se aleja para siempre. Una vez viajaba por la ruta y me crucé un camión así: ojitos que miraban por las ranuras de los costados y orejitas marrones que se asomaban por arriba. Esto no es esa jaula de madera, pero acá tampoco circula el aire.

Otro chirrido brusco y por poco nos caemos al unísono. La puerta se abre y suben los bocinazos, los silbatos, las sirenas y tambores.

Otra vez hay manifestación. ¿O movilización? ¿Quién les pone el nombre a las reuniones de tambores y banderas?

Otra vez hay desvíos. Parada improvisada. Suspiros, quejas, llamadas y mensajes apresurados. No hay remedio: otra vez voy tarde. ¿Pero qué sentido tiene molestarme con el mundo? El ritmo diario ya es mi carne.

Me siento y aprovecho para engañarme y hacerme creer que elegí esto. Afuera la gente camina a paso rápido; otros corren. Pero algunos solo pasean, miran, señalan, se ríen. Les sigo el juego y me pierdo en sus pasos sin prisa. ¿Otra vez es viernes? Ni siquiera sé qué hice esta semana. O este mes. O este año.

Las hojas del suelo se remueven mezcladas con papel de celofán y las hojas de las tipas bailan entre ellas. Se enredan. Se pierden. Se quedan atrás. Un fin de semana seguro que puede escucharse el suave sonido del agua sobre las piedritas, o el repiqueteo de las patitas de las palomas contra el cauce del arroyo. Pero cuando abro la ventana el desorden de motores me ensordece, al menos adentro sólo está la radio del chofer.

Días como este suponen un verdadero reto. ¿Acaso es mi destino depender del tic tac, pero jamás recordar lo que sucede en medio de él? Cada segmento de tiempo lleva un nombre, pero ¿qué se hace en ellos? ¿Cuándo empezó mi amnesia electiva? ¿Cuál es el final del camino? A veces me pierdo intentando recordar hace cuánto estoy arriba de este colectivo. Pero antes de poder alcanzar la respuesta vuelve a aparecer la emergencia. Aunque a veces parece que la emergencia nunca termina. Y que cada día es un poco más caótico y ruidoso que ayer.

Si tan solo pudiera volver a independizarme, autonomizarme. Dejar todo. Pasar todo el día en la isla del parque tomando mates. Sin pensar, sin escuchar, sin mirar. ¿En qué momento todo lo que me rodea se quedó sin color? ¿A dónde voy cuando voy? ¿En dónde estoy cuando estoy? Cada paso que me obligo a dar y que me lleva siempre al mismo lugar, ¿de qué vale si siempre olvido cómo llega el viernes? ¿Cómo llega todo si yo sigo en el mismo lugar?

Camino, corro, me tropiezo, me freno, disimulo. Camino, corro, me tropiezo, me freno, disimulo. Camino, corro, me tropiezo, me caigo, me levanto, no pasó nada, no se preocupen, sigan en lo suyo, me voy, llego tarde, muy tarde; camino, corro, camino, corro, cami-

no, corro, corro, corro, corro, llego, llego, llego tarde, llego, corro, corro, corro. No. No, no, no. Me olvidé. Me olvidé otra vez.

No puede ser.

Me olvidé. Que hoy es lunes. Y jueves. Y viernes. Y ya pasó otro mes. Y otra vez hay manifestación.



El Faro de Alejandría

Por Santino Pepe

Manuel Ontanáz se encontraba desayunando en barrio Alberdi con su amigo Sergio, con el cual compartían muy pocas cosas en común, pero ambos encontraban gran fascinación en algo concreto: las exploraciones urbanas. Llevaban indagando en este hobby desde hacía un año y medio y decidieron reunirse para establecer su próxima excursión y realizar un listado de las herramientas que utilizarían.

Manuel, poniéndose al día, levantó el diario matutino de *El Eco del Interior* y buscando romper el hielo leyó en voz alta la noticia en primera plana: “Hombre carbonizado en Parque Sarmiento conmociona a todos los presentes. Los policías cordobeses se distribuyen por el parque para encontrar una explicación al caso, mientras tanto el cuerpo será evaluado por los peritos forenses”. A Sergio no le movió un pelo la noticia sensacionalista del periódico del día, estaba muy enfocado (aunque todavía no se había decidido concretamente el lugar a explorar) en supervisar que las linternas tuvieran pilas, los botiquines algodones y los guantes no se hubieran deshilachado. Manuel fue sin muchas cosas que agregar a su encuentro, pero, por lo contrario, Sergio tenía una pequeña sorpresa que dibujaría una sonrisa cómplice en Manuel: gracias a sus contactos podrían ir a una excepcional visita al Faro del Bicentenario, la construcción estelar de Nueva Córdoba y de toda la provincia mediterránea.

Decidieron encontrarse a las dieciocho horas en la entrada del parque que da acceso a la mole cordobesa. Manuel, muy ansioso, llegó a tiempo al encuentro, pero tuvo que esperar a Sergio media hora, quien justificó su tardanza por un tratamiento médico del cual le aseguró que no habría por qué preocuparse. Ya reunidos, el sol crepuscular les ofreció una vaga visión del parque. Sergio comentó que el faro tenía aproximadamente cien metros, a lo que Manuel recordó el mítico Faro de Alejandría, ubicado en el antiguo Egipto y de la misma altura, también llamado “El gran faro del mediterráneo”.

Con el manajo de llaves abrieron las rejas que daban acceso al jardín en donde se encontraba el coloso y cerraron con precaución. Luego, se dispusieron a buscar la trampilla que daba paso al faro y tras alumbrar toda la zona (como si ellos mismos fueran faros), encontraron entre hojas secas y bajo lo que parecía ser una rata en descomposición, una trampilla verde de acceso a unas escaleras de bajada y luego subida, acompañado todo con un pasillo vandalizado.

El lugar, desde su base general hasta lo que se veía como la punta del faro, era oscuro, solitario, húmedo y frío; sin embargo, se notaban pequeños destellos de luz que provenían de afuera. Se sentía el aire pesado, vacío y fúnebre, como un velatorio olvidado un miércoles por la madrugada. Alcanzaban a escuchar a las inocentes chicharras cantar por lo bajo y los pájaros parecían que no se atrevían a cantar. De repente, cayó una linterna desde la parte superior de la estructura e impactó fuertemente contra el concreto, rompiéndose en mil pedazos. Atribuyeron el hecho al olvido de algún trabajador y sin más antelación los compañeros comenzaron a subir la incalculable cantidad de escalones en forma de caracol. Con sus linternas alumbraron cada paso cuesta arriba por ocho minutos, calculando que la torre tenía noventa y largos metros sin el mástil. Deberían haber subido apenas menos de diez metros cuando Sergio, sin previo aviso, se agarró de la baranda y comenzó a vomitar por el hueco que dejaba ver la escalera caracol.

—¿Estás bien Sergio? —le preguntó Manuel acercándole unas servilletas que llevaba.

—Sí, solo me mareé un poco. Voy a sentarme un momento y te alcanzo en breve —dijo Sergio tras toser repetidas veces contra las servilletas del café de esa mañana.

No muy satisfecho con su respuesta, Manuel decidió continuar de todas formas con esa experiencia única. La verdad es que Sergio se estaba recuperando de una larga lucha contra una neumonía y no era la primera vez que vomitaba o se sentía descompuesto; quizás había decaído. Sin haber avanzado mucho, se asomó por la baranda para ver cómo estaba su amigo y se dio cuenta que su vómito, además de bilis, contenía sangre en gran cantidad y apuró el paso para volver con él. Pero no lo encontró donde lo dejó, sino que encontró cenizas como rastro por las escaleras.

Se alarmó por la desaparición de su compañero, pero inmediatamente se distrajo por un cantar a viva voz que le hizo acordar a las lenguas aborígenes, como si una docena de personas estuvieran haciendo un ritual afuera del faro. Asustado, apuró el paso hacia arriba sin saber bien por qué cuando de pronto, desde una de las grietas del concreto añejo, se asomó un rayo de luz. Al acercarse a la grieta no logró toparse con el Parque Sarmiento ni con sus edificios, sino con una llanura en pendiente, en un campo verde y salvaje bajo un cielo celeste y soleado. De repente aparecieron en escena siete señores a caballo que escoltaban a un brillante hombre de rasgos castellanos, el cual, fatigado por brava porfía, descendió orgulloso del animal y clavó su espada en la tierra. Proclamó fundar la “Córdoba de la Nueva Andalucía” al pie de un río caudaloso donde locales espectaban el suceso.

Manuel, conmocionado por lo ocurrido, se apartó de la grieta y se sentó en un escalón buscando darle lógica a lo visto, pues el día no había llegado según su reloj y, de haber sucedido así, Sergio lo hubiera buscado antes de la apertura del parque. Se agarró la cabeza en pánico, buscando una explicación a todo lo sucedido. Estuvo así al menos tres minutos (que es lo que duró el discurso del andaluz fundador) y tras mudo pensamiento, comenzó arcano rumbo hacia arriba.

Luego de unos veinte escalones, notó a través de las grietas las primeras edificaciones en la ciudad de Córdoba, algunas estructuras apenas reconocibles como el colegio Monserrat o el Cabildo. Luego decidió subir un poco más y se percató en otra grieta la presencia de lo que parecía ser de lejos un cortejo acompañando a un carruaje con tesoros traídos de la capital. Un señor petiso se bajó del vehículo con su oro para refugiarse en la ciudad libre de británicos. Manuel denotó, escalones después, que las banderas del territorio fueron reemplazadas por telas que se confundían con el permanentemente luminoso firmamento. Guerras improvisadas acechaban la ciudad y su población; divisas rojas eran puestas en lanzas y soldados de azul se aproximaban a lo lejos.

Manuel, tras entender vagamente el concepto del faro, lo escaló con un ojo en cada grieta visible, como un gato que busca poner el hocico en cada lugar donde un ratón se esconde. Los huecos cesaron

por largos tramos, hasta que una ciudad ultra poblada era recorrida por jóvenes y adultos en busca de derechos, que fueron respondidos con disparos mientras el humo de la pólvora se dejaba llevar por el viento; toda la situación era visible desde lo alto del faro. Las grietas iban aumentando a lo largo del recorrido. Señores armados corrían por los tejados de las familias, estallidos sociales y camiones de combate. Las grietas del faro se volvieron inmensas por unos escalones y Manuel se asomó a ver una serie de autos verdes persiguiendo personas. Con los disparos se echó para atrás, dejando ver al cielo gris su falta de valentía.

Las grietas se fueron achicando y ya cansado apuró el paso. Creyó ver por unos segundos a su compañero Sergio saliendo de un edificio frente al parque y la experiencia lo hizo volver como un cable a tierra por una fracción de momento; pero al pisar el siguiente escalón ya no lo vio más. Escuchó en la base de la estructura a unas personas conversando y torpemente dejó caer una linterna desde su bolsillo hasta la base. Manuel no podía parar por menudencias y, alienado, siguió buscando grietas.

De repente empezó a alucinar; el cuerpo le dolía y notó arrugas en sus manos junto con manchas en la piel. El desgaste era brutal. Comprendió que cuanto más arriba subía, más años le pasaban por encima y, como resultado, las escaleras lo hicieron envejecer; pero en su caso con una enfermedad mal curada que lo llevó a la muerte y posteriormente a convertirse en simple polvo. Probablemente ya ni siquiera quedaría nada de él.

Manuel entendió que no era el primer Manuel que subía por el faro, ya que la linterna que dejó caer unos escalones atrás era la misma que él había visto romperse contra la base con Sergio. Creyó deducir entonces que actualmente había al menos dos “Manuel” en toda la estructura y que Sergio no lo había abandonado, sino que estaba vivo y muerto en el mismo lugar, permanentemente. El lugar absorbía a su ocupante mental y físicamente, volviendo oscuro, solitario y frío a sus visitantes.

Manuel se asomó por una de las grietas y vagamente reconoció que ya había superado los ciento veinte metros de altura. Desde ahí podía ver que el faro no solo iluminaba a toda la ciudad, sino también a toda la provincia y, como una fotocopiadora, todo lo que iluminaba

absorbía su esencia en el momento actual, dejándola de más fácil lectura a quien se asomara por las grietas: una madre trabajadora que por el cumpleaños de su hijo preparaba empanadas árabes; una señora mayor pidiendo plata en la puerta de un banco del barrio General Paz; infinitas parejas de todo tipo demostrándose amor contra las barandas de la cañada; artistas buscando sacar alas en bares de Güemes; un hombre encerrado en la oficina, con un fondo de pantalla de las sierras de su pueblo natal; la luna que alumbra los campos y el sol que irradia sobre los ríos.

Manuel lo vio todo sobre su provincia natal. Todo desde todos los ángulos y puntos de vista. Eso incluía, naturalmente, la destrucción de toda vida sobre su tierra; cómo se calentaba el planeta y luego se enfriaba.

Finalmente, el faro lo dejó llegar a su punto más alto y, pasando por una escotilla, llegó al último piso donde solo se encontraba la antena. Desde allí podía ver todo como oscuridad y polvo de estrellas, era magnífico. Se asomó por el vacío y solo vio tinieblas; no pudo vislumbrar el suelo del parque sino, en su defecto, la infinidad del faro.

Condenado por la locura, se arrojó buscando volver con Sergio, a Córdoba, a su vida. Manuel sintió cómo atravesaba todos los años de la existencia de la materia. Poco a poco, su cuerpo empezó a incendiarse debido a la velocidad con la que viajaba entre las décadas y siglos. Para mala suerte de él, no murió en el acto. En la caída divisó que volvió a su año de origen, pero lamentablemente no logró desacelerar ni aterrizar, sino que impactó contra el Parque Sarmiento en llamas, conmoviendo a todos los presentes, convocando a la policía y llamando la atención del diario *El Eco del Interior*.

ISBN 978-950-33-1776-1



9 789503 317761

..
Área de
Publicaciones

ffyh

Facultad de Filosofía
y Humanidades | UNC



UNC

Universidad
Nacional
de Córdoba